

enano. «Estoy muy enfadado con el Pen Club Español», reprende a Armas y a José Esteban, «no vinieron ninguno de ustedes al Congreso de Venezuela ni a la reunión de Lyon». Los dos reprendidos intentan explicar lo inexplicable: las dimisiones que se han producido en la directiva del Pen, los trámites para formar una nueva, la inevitable lentitud de todas las gestiones españolas. Mario Vargas vuelve a la carga: «no son conscientes de la importancia que tienen los escritores españoles allá». Personalmente crees que es un elogio, aunque a Mario Vargas se le note encendido. Unos días atrás y en el mismo escenario, un escritor argentino, de cuyo nombre más vale la pena no acordarse, respondía a tu pregunta sobre cuál era el interés que nuestros novelistas despertaban en los del otro lado del océano; que ninguno, que no interesaban para nada. La desolación y el desánimo te invadieron en aquellos momentos, aunque ahora pienses que es más importante Mario Vargas que el argentino de infausta memoria. Un rayito de esperanza se abre paso en medio del pesimismo.

Hacéis ademán de despediros. Mario Vargas pregunta dónde váis. Decís que a comer por ahí. El peruano propuso ir con vosotros y se acerca a las relaciones públicas de la editorial y se lo dice; ésta os mira con ojos de enfado. Oís retazos de la conversación y conocéis la existencia de una comida que pagan los editores. Vargas insiste en irse con vosotros. Desolada, Mónica Piquer os encarece vivamente que a las cinco lo dejéis en el hotel, que tiene una entrevista con *El País*, lo que, indudablemente, son palabras mayores que todos comprendéis. Salimos a la calle, y el novelis-

ta que ha escrito sobre la guerra del fin del mundo quiere comer cocido madrileño.

En el restaurante no había cocido madrileño, lo que es lógico en una ciudad que hace todo lo posible por perder sus señas de identidad. Lo cambiamos por una fabada asturiana, lo que satisface sus gustos culinarios. «Le hubiera gustado mucho a tu madre», aprueba dirigiendo las palabras a su hijo, que se sienta enfrente de él y acaba de confesar que estudia en Cambridge y quiere ser crítico literario. Mentalmente te dices que pronto tendrá una columna en la prensa española. «Fue censor mío, me censuró *La ciudad y los perros* y apareció sin ocho líneas que este señor consideraba altamente peligrosas para la moral del pueblo español»; te has despistado con la fabada y preguntas de quién se habla: «De Robles Piquer», te dice Marios Vargas Llosa. «A Carlos Fuentes le prohibió completamente *Cambio de piel* por obscena; entre nosotros, este Robles Piquer está muy mal visto». «¿Cómo ha llegado una persona así a dirigir un medio de comunicación tan poderoso como la televisión del Estado en un régimen democrático?».

Se le habla de la vuelta de los franquistas, de la debilidad del gobierno UCD, del 23 de febrero. «Pero es que, además, han nombrado director del Prado a un cura. Eso parece como de esperpento». Alguien le dice que tú eres socialista. Mario Vargas te da efusivos recuerdos para su buen amigo Salvador Clotas: «Me enteré en estos días que le nombraron responsable de Cultura. Es todo un acierto. No podían haber elegido mejor». «Vi al Rey esta mañana a las diez. Estuvo muy amable conmigo y demostró tener un

gran conocimiento de la realidad latinoamericana; me dijo que había leído una novela mía. Debe ser, por lo que me contó, *La ciudad y los perros*». Se vuelve al tema de la televisión. Mario Vargas es contundente: defiende clara y rotundamente la necesidad de las televisiones privadas.

Por la noche, en el Instituto Iberoamericano de Cooperación, Mario Vargas te autorizará a recoger por escrito estas impresiones tuyas de su paso por Madrid. «Puedes reproducirlo, pero insiste en que soy partidario de la televisión privada». Dicho queda, Mario Vargas Llosa. Cuando te dejan en casa Juancho Armas y su mujer, te dice, a manera de despedida: «Hay pocos escritores que tengan el gancho de Mario». Suscribes sus palabras después de haber pasado cinco horas con Mario (Vargas Llosa).

LA SEGUNDA REPUBLICA MAS CERCA

Feliciano PAEZ-CAMINO
ARIAS

Cuando, con anterioridad al año 77, conmemorábamos, entre el miedo y la esperanza, el nacimiento de la Segunda República en la *fecha histórica* del 14 de abril de 1931, surgía con frecuencia la apostilla de la persona advertida que nos recordaba que, al fin y al cabo, se trataba de una repú-

blica *burguesa*; incluso, a veces, si el interlocutor era particularmente agudo, señalaba cómo con esa bandera tricolor que con tanta emoción enarbolábamos, se había aplastado a los obreros asturianos en el 34.

Ahora, cuando la izquierda intenta hacer compatibles, a golpes de realismo, el republicanismo de corazón —y de tradición— con el juancarlisto de razón y de coyuntura, resulta curioso ver cómo sólo mantienen en primer término la reivindicación republicana quienes parecen condenados a diseñar su estrategia exclusivamente en función de los huecos —reales o ficticios— que van dejando las fuerzas mayoritarias (y, por ende, posibilistas) de la izquierda. Es decir, sustancialmente los mismos a quienes parecía pueril o superada la reivindicación republicana en los años en que la idea de monarquía se asociaba al continuismo franquista.

En esta situación, la celebración en 1981 del cincuentenario de la proclamación republicana ha tenido lugar en un ambiente donde el dilema monarquía o república ha perdido la mayor parte de su contenido político directo; y ello contribuye a la creación de condiciones favorables para un avance en la recuperación *historiográfica* de nuestra República. Difícilmente podría ésta perder interés como tema de estudio histórico, ya que constituye, muy probablemente, el momento más rico y sugestivo de nuestra historia contemporánea y aparece ante nuestros ojos como un período surcado por problemas, inquietudes y afanes que son, en gran medida, los de nuestro presente. Es en la época de la República donde encontramos indefectiblemente gran parte de nuestras raíces; y, ahora que ya no nos

vemos impelidos a hacer con ella un bloque de pasado y futuro, a tributarle un culto emocionado, se afirma ciertamente el momento de la reflexión, del análisis, del conocimiento, que no excluye la abierta simpatía, pero que no se agota en ella.

Dar cuenta en unas líneas de las principales actividades que, a lo largo del año, han conmemorado el *advenimiento* republicano es correr el riesgo de la referencia incompleta y de la selección arbitraria. De hecho, buena parte de los ámbitos donde se debaten temas históricos contemporáneos (de las facultades a las instituciones culturales oficiales o privadas, pasando por las universidades y escuelas de verano) han dado acogida al tema. La propia celebración del tercer aniversario de nuestra Constitución ha aparecido en ocasiones vinculada al cincuentenario de la Constitución republicana, lo que puede constituir una muestra de la esencial recuperación de los valores cívicos que encarnó la República, por parte de la Monarquía democrática.

Entre los actos desarrollados puede destacarse, por la especial concentración de expertos españoles en el tema, los de la *semana* del 30 de marzo al 3 de abril que, con el título general de *Política, Sociedad y Cultura en la Segunda República*, organizaron conjuntamente la Fundación de Investigaciones Marxistas, la Fundación Pablo Iglesias y las facultades de Ciencias Políticas y Geografía e Historia de la Universidad Complutense. La convocatoria de estos actos —quince conferencias, cuatro coloquios y un recital— no tuvo gran difusión, pese a lo cual algunos de ellos, como el coloquio sobre aspectos agrarios en el que intervenía Tuñón de Lara, atrajo a más público del que ma-

terialmente cabía en el local de la F.I.M.

Cabe hacer referencia, asimismo, al coloquio internacional que tuvo lugar, también en abril, en Tarragona, así como a actividades que cobran particular significación por el medio en que se desarrollaron, como el ciclo dedicado a la República en el Instituto de Bachillerato *Emilio Castelar*, de Madrid, llevado a cabo por profesores y alumnos del centro.

Entre las revistas de divulgación histórica que dedicaron números especiales a la conmemoración, es de destacar —entre otras cosas, por su considerable difusión— «*Historia-16*» (año VI, número 60, Madrid, abril 1981) que, con el título *50 aniversario: la República de abril*, consagró al tema una decena de artículos, acompañados de varios testimonios, algunos apéndices y un notable material gráfico. Sin grandes aportaciones innovadoras con respecto a sus propios trabajos publicados, un plantel de notables historiadores (Tuñón, Forcadell, Bernal, Arbeloa, Jackson y Fusi, entre otros) escriben cada uno unas cuantas páginas que se leen con interés y cumplen su fin de suministrar una información esencial y actualizada al público interesado (que todavía, por desgracia, dista bastante de ser el *gran público*); además, en algún artículo, como el que Francisco Laporta dedica al tema de *los intelectuales y la República*, se incluyen agudas observaciones que no son de curso muy corriente.

«*Arbor*» publicó un interesante número monográfico sobre el tema (tomo CIX, números 426-427, Madrid, junio-julio, 1981), honrado, además, por la feroz crítica —más que nada un desahogo contra la figura de Tuñón— de que le hizo objeto, en las

páginas de *Ya*, Ricardo de la Cierva (por cierto que de sus impagables aportaciones al tema parecen haber prescindido muy diversas publicaciones..., ¿cómo podrán?). El número se abre con un comentario general de Tuñón sobre el *estado de la cuestión* historiográfico y se cierra con una pulcra *bibliografía básica* sobre el tema, a cargo de M.^a del Carmen García-Nieto y M.^a del Carmen Pérez Pais. Entre medias, una docena de artículos, en ningún caso exentos de interés. Algunos de ellos constituyen la trama esencial de la conferencia que los autores pronunciaron en el ciclo sobre *política, sociedad y cultura* antes aludido; tal es el caso de las páginas de Tuñón sobre la cuestión agraria, o las de Mariano Pérez Galán sobre la enseñanza. Otros son resúmenes o derivaciones de trabajos ya conocidos de los autores: el de Mercedes Cabrera sobre las organizaciones patronales, el de Santos Juliá sobre las organizaciones y prácticas obreras, el de Víctor Fuentes sobre los libros y sus lectores, o el de cuatro profesores de Instituto sobre la imagen de la República en los textos de Bachillerato desde la guerra civil hasta la actualidad. El tema de la economía y política económica, sujeto hoy a fuertes debates en torno, sobre todo, al análisis de la influencia en España de la depresión económica mundial y de su repercusión en los acontecimientos sociales y políticos, es apuntado por Senén V. Florensa. Por su parte, Juan José Carreras esboza algunos aspectos de un asunto generalmente descuidado en nuestra historiografía: el marco internacional de la Segunda República, cuya influencia en el avatar nacional es ignorada con demasiada frecuencia.

La recuperada «*Revista de Occidente*» dedica al tema su

primer extraordinario (números 7-8, Madrid, noviembre 1981) y lo hace en «un presente que no es ciertamente ajeno al legado de una legitimidad democrática quebrada, pero nunca del todo olvidada». El número recoge recuerdos de testigos de aquel tiempo: los de Elisa Morales (mujer de Bernardo Giner de los Ríos), redactados durante la República, y los de Julio Caro Baroja y Rosa Chacel, escritos en el presente. Da cabida también a un par de documentos: el artículo de Ortega en *Crisol*, *Hay que cambiar de signo a la República* (julio de 1931), y un amplio fragmento del discurso de Besteiro: *El marxismo y la actualidad política* (marzo de 1933).

En cuanto a los artículos de análisis histórico, ninguno de ellos tiene desperdicio. Edward Malefakis escribe unas interesantes páginas sobre la *peculiaridad de la República española* en las que, tras establecer comparaciones entre nuestra peripecia nacional y la de otros países, subraya las razones históricas que hacen que la Segunda República siga estando aún fresca en nuestra memoria, a diferencia de regímenes similares coetáneos a ella. José Carlos Mainer nos brinda, en un tono más literario del que suele darse en este tipo de artículos, un puñado de páginas preñadas de contenido sobre *los gustos culturales* del período. Santos Juliá insiste en la necesidad, que ya planteara en los coloquios de Pau de 1980, de revisar el prejuicio historiográfico consistente en enjuiciar a la República como antesala necesaria de la guerra civil, entendida ésta como una consecuencia del *fracaso de la República* cuando, en realidad, la guerra es producto del fracaso de un golpe militar. Este, además, fue dirigido contra un régimen que ofrecía consistentes

síntomas de estabilidad, que la guerra interrumpió forzando una polarización en dos bandos que no respondía, en absoluto, a la realidad social española, mucho más próxima al mosaico que al choque frontal de contrarios.

En los restantes artículos, Eduardo Espín expone *el panorama militar*; Jordi Palafox hace, en *La crisis económica*, un apretado resumen de sus estudios sobre la economía española del período; Román Gubern escribe unas páginas sobre el tema del que es experto: *el cine y sus mitos*; la norteamericana Rebecca Jowers hace unas consideraciones generales y propone un criterio de clasificación de las abundantes, y significativas, revistas literarias de la época; Javier Solana escribe unos comentarios sobre algunos *protagonistas de la ciencia*; el israelí Shlomo Ben-Ami publica un muy sensato comentario sobre siete de los más importantes libros acerca de la política republicana editados en España durante el decenio de los setenta; y, finalmente, dos artículos abordan el ineludible tema de las Misiones Pedagógicas: uno, testimonial, de Enrique Azcoaga, que introduce a otro, muy documentado, de la norteamericana Eleanor Krane, titulado *Cinco años de misiones*.

Menor interés de conjunto presentan los artículos dedicados a la República en *DIWAN* (número 11, Zaragoza, julio de 1981), ya que la mayor parte de los textos transcritos (Azaña, Ortega) son de fácil acceso y los restantes artículos no tienen, en general, particular enjundia, a excepción de la aportación de José Luis Abellán en su *Antonio Machado: la teoría de los apócrifos y su radicalización ideológica*.

En octubre del año del cincuentenario ha salido también

a la luz el volumen IX de la Historia de España publicada por Labor y dirigida por Tuñón de Lara, correspondiente a *La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra (1923-1939)*. Es el propio Tuñón, que ya produjera con su *La II República* (Madrid, Siglo XXI, 1976, 2 vols.) una de las más ajustadas obras de síntesis sobre este período, quien se encarga de dar cuenta del tema que nos ocupa, en tanto que Mainer da entrada en su parte, referida a Arte, Letras y Pensamiento (1923-1939), a la rica actividad cultural de la época republicana.

Cabe citar, finalmente, un librito en el que se recogen las opiniones políticas de quince notables intelectuales durante el período constituyente de 1931; la selección de este material hemerográfico, la introducción y las notas han corrido a cargo de Víctor Manuel Arbeloa y Miguel de Santiago, que titulan la obra *Intelectuales ante la Segunda Repú-*

blica Española (Salamanca, Almar, 1981).

En definitiva, se puede afirmar que el cincuentenario de la Segunda República ha refrendado una visión de ésta menos tópica y más distendida, a la vez que más enriquecedora; visión que se viene elaborando desde hace ya varios años y que, sin duda, proseguirá su carrera. Todavía subsisten obsesiones historiográficas pegajosas, como la de considerar a la República como un capítulo introductorio del drama que le dio fin: como «los orígenes de la guerra», o la tendencia a la excesiva personalización de fenómenos y actitudes, reduciendo de hecho, con frecuencia, tensiones sociales a enfrentamientos políticos y éstos a rivalidades entre dirigentes. Muy cierto es que queda no poco por hacer en ciertos terrenos, como el análisis de la compleja estructura social de la España de la época (con fuertes diferencias regionales)

o un estudio firme de la influencia del contexto internacional en el desarrollo de la experiencia republicana.

También es verdad que la tarea de proyectar ese conocimiento hacia la *memoria histórica* del español medio resulta dificultosa, sobre todo cuando un presentador de un programa histórico-cultural de televisión puede impunemente hablar del gobierno de Frente Popular en Inglaterra, o confundir a Lerroux con Largo Caballero, en un programa dedicado a este último. Claro es que los historiadores no envían sus libros y artículos a luchas contra los elementos...

De todos modos, hay motivos para pensar que hoy está más cerca de nuestro conocimiento —y de nuestra sensibilidad— aquel tiempo trunco en que se intentó dar, por fin, una respuesta nueva a los viejos problemas de España.